

de blancas vírgenes coronadas con guirnaldas nupciales, á que las bendijese y las bautizara el Profeta. Devoto, devotísimo éste, lector asiduo de libros eclesiásticos, franciscano de la Orden Tercera, ponía sobre todas las devociones de su espíritu místico la devoción á María, saludada en las navegaciones por todos los nautas cristianos con la poética invocación de Santa Estrella de los mares. El santuario, lleno de gratos exvotos y erigido sobre la cumbre de los más altos montes, objeto último que se columbra en las despedidas y primero en los arribos, con sus vírgenes, envueltas en mantos azules por argénteas estrellas realzados, y puestas sobre la media luna, unida con la serpiente, recuerdan, símbolos de religión y de arte, como el amor y la ternura femeniles pueden contrastar los huracanes y las tormentas en el Océano encrespado más que la fuerza y la violencia. Colón hacía cantar la salve todas las mañanas, el Avemaría todas las tardes á sus tripulaciones, añadiendo los rayos de su fe á los matutinos albores y á los vespertinos arreboles de los dos crepúsculos y llenando de melodiosas letanías el aire al par que se llenaba de luz por las mañanas y de astros por las noches el inmenso espacio. Por tal razón, el nombre de María no se le iba nunca ni de la memoria ni de los labios. Guadalupe á una isla el piadoso cristiano la llamaba, en recuerdo de monasterio secular consagrado por efigie venida de Oriente y adorada tras victorias como la victoria del Salado; Monserrate á otra isla, en homenaje á la montaña barcelonesa, coronada de cresterías naturales que parecen obra de artífice, y henchida de plegarias y oraciones, cuyos ecos resuenan entre los cuarzos de aquel titánico intercolumnio como un poético romancero de la Virgen Madre; Santa María la Redonda en sus admiraciones y deliquios, y acción de gracias á otro islote, que le fingía una catedral en los ojos enardecidos de mirar increíbles apariciones; Santa María la Antigua, por fin, á otra isla en remembranza de la iglesia más veneranda que, por sus tradiciones y por sus años, Valladolid tiene, y quizá como presentimiento misterioso de que debía ex-

pirar en la jurisdicción de aquella parroquia y recibir sobre sus melladas losas, en humilde ataúd estrecho ¡é! que agrandara la tierra, los rezos y cánticos dedicados por el ritual católico á los muertos. Encontró allí tal número de islas, que, aventajando y excediendo á los nombres posibles dentro de nuestra ya entonces copiosísima lengua, denominó, en cierto grupo, á la mayor Santa Úrsula, y las Once mil vírgenes á las numerosísimas en formas varias y con diferentes aspectos inventadas.

No lejos brotó, al paso de Colón, otra isla, denominada Santa Cruz, en su registro de nombres nuevos y notabilísima por la furia que mostraron los habitantes al encuentro de los españoles y el empuje terrible con que los acometieron y asaltaron. En efecto, llegadas las naves á cualquier punto, solían encontrar la soledad tras los abordos, á causa del terror de los pobladores al interior huídos como ligeros y asustados ciervos. Pero aquí, en Santa Cruz, unos caribes hicieron frente á los nuestros, pudiendo más la curiosidad salvaje que la timidez natural. Necesitaríamos fingirnos en aquel sitio y en aquella ocasión para comprender la emociones recíprocas de los descubridores y de los descubiertos. Las enormes naos de un lado y de otro las breves canoas; la vida salvaje y primitiva de los unos junto á la civilización y cultura de los otros; las vestimentas de selecto gusto y arte finísimo en los recién llegados y los ligamentos y armas de los recién inventados discordaban en contrastes tan bruscos y horrosos que parecían seres pertenecientes, no á sociedades y regiones diversas del mismo planeta, sino á otros planetas gobernados por leyes opuestas y aun contradictorias con las físicas leyes universales. Así los indios miraban, como alucinados por las visiones de un sueño, aquellas viviendas flotantes, llenas de hombres vestidos con trajes multicolores, y encerrados muchos de ellos en relucientes armaduras parecidas á caparzones de animales fantásticos. Parecía que, absortos y embebidos en la contemplación, estaban como petrificados, anteponiéndose á todo en ellos una extrañeza capaz de rendirlos y someterlos al

influjo de lo que debían creer en su candidez un milagro y de los que debían imaginar en su asombro dioses. Pero no; pasada la primera conmoción en sus duros pechos y el primer confuso concepto de lo visto en sus angostas cabezas, la crueldad nativa suya se sobrepuso á todos los afectos, y partieron en guerra y en combate con tal temeridad y dispararon sus flechas con tal acierto, que por todas partes la muerte silbaba en los oídos de nuestras gentes, quienes lo pasaran muy mal, si pusiesen de lado sus adargas y tablachinas para preservarse y guarecerse del ataque tan rudo, en cuyas incidencias, herido de dardo un soldado español, á los pocos días perdió la vida. Cogiéronles apresados en la flota y daban horror con sus caras, negras y rojas á un mismo tiempo; así como con sus alaridos y con sus forcejeos de fieras enjauladas y presas. Los indios mansos invenidos por Colón, contaban y no acababan del natural cruelísimo de tales gentes, y decían hallarse riberas, bohíos, pueblos, personas en terror perdurable, al azote de sus desoladoras irrupciones. En estos encuentros y coloquios dió el descubridor con la isla que llamamos hoy Puerto Rico. *Boriquen* la llamaban los naturales y pertenecía de suyo al grupo de las edénicas y mansas; puestas por los vecinos antropófagos á la continua en apuros y aprietos espantosos. Á pesar de tan blanda y dulce complexión huyeron los naturales al abordó de los nuestros, por quienes debían sentir la estimación que por los amigos y por los salvadores, cual pudieran huir de las irrupciones homicidas, y embreñándose por aquellos declives cubiertos de selvas, hurtaron el cuerpo á todo encuentro. Fiel Colón al conjunto de prácticas religiosas y de nombres cristianos que inspira la devoción á todo verdadero creyente, apellidó la isla feliz con palabra de una significación y sentido tan claros en punto á promesas y esperanzas, como la palabra San Juan Bautista, el precursor de nuestra redención. Mares fecundos en pesca, florestas parecidas á los jardines de Murcia y Valencia, poblejos de doce bohíos, vías abiertas entre verjeles como las alamedas de nuestras más cultas ciudades,

una logia ó palacio apercebido para la contemplación del mar y el cielo por gentes principales, mil agradables encuentros endulzaron la repugnancia engendrada por los feroces antropófagos de las otras islas pertenecientes á los caribes, y casi convidaron á una detención llena de recreo y esparcimientos, muy gustosa y cumplidera, si el cavilosísimo Almirante no tuviese á la continua en su vista y en su recuerdo el clavo de su colonia Isabela, dejada con tanta confianza en poder del amigo Guacanagari allá por la isla Española

El 11 de Noviembre zarpó Colón de Guadalupe y descubrió el mismo día Monserrate, y Santa María la Redonda el 12, y Santa María la Antigua el 13, y San Martín con Santa Cruz el 14, y el 16 Puerto Rico, hasta el 18 avistar nuevamente la Española, descubierta el año anterior. Las ideas del profeta concentrábanse, no obstante hallazgos tales, todas sin excepción en una sola: rever y reencontrar el fuerte de Natividad en la isla últimamente nombrada, fuerte allí erigido para ensayo y experiencia del arraigo que podían tomar los colonos en suelo tan desapropiado á ellos y entre gentes á ellos tan extrañas. La experiencia le parecía decisiva. Por tanto, deseaba un logro de todos los deseos y de todas las esperanzas que pudiesen asegurarle un comienzo de apropiación al Estado español de aquellos inacabables territorios. Á tales empeños de tenaz explorador juntábanse afectos imperiosos del corazón y decisivos de suyo en la humana vida. El jefe de la guarnición era un Arana, deudo próximo de la mujer que rindiera y cautivara en Córdoba su voluntad, é ido á la isla impulsado por afectos de índole particular y privada que más y más comprometían al Virrey en su empeño de hallar floreciente la guarnición que allí quedó animosa. Las primeras disposiciones tomadas con acierto fueron los envíos de indios, idos á España y de España vueltos con Colón, para que industriasen las gentes en el poder de los Monarcas españoles, y les refiriesen las grandezas vistas con sus ojos y tocadas con sus manos en el viejo y culto continente: ne-

cesario acuerdo en atención al abandono de las costas por los naturales siempre que se descubría la escuadra y de la tenacidad puesta por ellos en rechazar todo consiguiente homenaje y toda indeclinable aproximación á los recién llegados. Desde los primeros arribos y abordos á cada punto no hacían otra cosa los expedicionarios del segundo viaje que husmear los rastros y huellas del grupo de antecesores quedados en regiones donde habían de arraigar por necesidad ó sucumbir sin remedio. Mal indicio en aquellas inquisiciones constantes, el haber topado con dos cadáveres, de hombre maduro y muchacho, desfiguradísimos por el tiempo y por la descomposición, pero con indudables indicios de muerte violenta, según las sendas sogas que mostraban ceñidas y pendientes al cuello, como estrangulados. Á los pocos pasos y á los pocos días dieron los descubridores con otras noticias más claras de la requerida colonia en coloquios más ó menos confusos con indios dóciles, que pronunciaban las palabras jubón y camisa, designando los objetos expresados por ellas; pero que, preguntados por los colonizadores, alzaban los hombros y hacían gestos de pena grande, asombrando el alma de Colón, ya muy apenado por todos los indicios anteriores y poniéndolo en suma é íntima tristeza con perplejidad, natural en tales casos; pues quería y no quería Colón llegar á la Natividad; y así preguntaba y se resistía después al conocimiento primero de la misma deseada respuesta. Por fin, el 27 por la noche llegó al punto fatal requerido en todo su viaje. Nunca llegaría. Las nocturnas sombras ennegrecían su triste incertidumbre. Profundo silencio imperaba por todas partes. Al grito de los marineros únicamente respondía el eco de las selvas y montañas. Los cañonazos hacían retemblar el suelo y agitaban el aire; más no atraían señal ninguna de vida, ni despertaban agitación y movimiento cual antaño. En esto una canoa se deslizó en las sombras con los sigilos y el silencio de un pez en las aguas. Los indios embarcados en ella preguntaron por el Almirante; y hasta que no salió éste y le miraron ellos al resplan-

dor de una linterna sorda el rostro, no se dieron á partido entrando en la Capitana. Llevábanle caraturales de madera, conocidas en su lengua con el nombre de guaycas, ornadas con pedazos de oro macizo, recibiendo en cambio y en reciprocidad unas bacinetas de latón por ellos estimadísimas. El encuentro aquel y la siguiente mañana notificaron á Colón toda la realidad tristísima de su desgracia irreparable. Los setos arrancados, las fronteras borradas, los maderámenes hechos cenizas dispersas al viento, los vivos trocados en sombras; el espacio henchido un día por la grande animación y resonante con algazaras propias del carácter militar, aparecíase cual un desierto extendido por los siglos y sobrepuesto á pasmosa ruina, de la cual se había tragado la muerte con sus voracidades hasta los restos, sin dejar más que una desolación irreparable. Colón fué por grados enterándose del rudísimo golpe. Lo presintió al topar con los primeros cadáveres aunque desfigurados, y lo entrevió más tarde al ver otros, no tan descompuestos como los anteriores, pues aun tenían aquéllos barba; y acabó por cerciorarse de todo con desesperación al experimentar cómo en los abismos de un silencio inmutable se perdían el clamor de sus tripulantes y el tiro de sus cañones. En efecto, la ociosidad había estragado á los colonos y pervertíolos en el vicio. Á la ociosidad y al vicio consiguiente, habían seguido el menosprecio, cuando no el odio de los naturales, y las discordias entre sí, naturales en quienes se disgustan á una consigo mismos y odian en los demás las faltas cometidas por cada cual y de suyo inexcusables en todos. Murieron una parte como suicidas, es decir, al filo de sus propios errores y delitos. Murieron en las guerras promovidas entre sí otros. Murieron los últimos al exterminio decretado por un cacique del territorio de La Maguna, conocido entre las tribus aquellas con el nombre de Caonabo. No conozco raza ninguna en el mundo á quien tanto vigorice la guerra y el combate y el sacrificio como á nuestra raza, ni á quien tanto corrompa la prosperidad y la victoria. Oviedo mismo, al historiar estas cosas, des-

cribe la incompatibilidad antigua entre los naturales de nuestras regiones y los obstáculos que se tocan al querer meterlos á todos en un solo saco. Indicios hay de rivalidad regional en aquellas parricidas discordias que acabaran con los españoles allí. La sobriedad espartana, el vigor titánico, la energía indomable, la perseverancia confinante de suyo en tenacidad, el desinterés llevado hasta los límites de un voluntario sacrificio, no resisten á los ocios de la victoria y no sirven para el gobierno de sí, que logran otras razas bien inferiores á la nuestra y conservan á una con grande y envidiable felicidad.

Al ver la colonia desaparecida, el castillo desarraigado, los pozos abiertos para el servicio colmados de tierra y escombros, hasta los muertos comidos por la nada, volviéronse contra Guacanagari todas las sospechas y le acusaron todas las lenguas. Á mayor abundamiento él ponía las apariencias del lado de los recelos con su apartamiento deliberado, so color de maltrecho y herido por la desgracia común á todos y por las luchas mantenidas en pro del español. Por fin, le hizo Colón una visita, encontrándolo acostado y doliente. Quejábase de las heridas en su cuerpo abiertas por la defensa del fuerte colombino; mas, aunque los médicos registraron el cuerpo con sumo cuidado, no descubrieron llaga ni cicatriz, sino algún magullamiento, de contusiones provenido, y éstas poco graves. No debe maravillarnos, en presencia de todo, la opinión del Vicario apostólico Buil, que demandaba el castigo de tan taimado cacique y la conversión pronta de todo el mundo. Investido por bula del Papa este fraile con la delegación del poder eclesiástico, y mandado allí á la obra de convertir á los indios, cuando se rociaba con agua bendita, mal de su grado, al moro de las Alpujarras, y se despedía, contra todo interés público, al judío de la Península, y se fundaba el Santo Tribunal de la Fe para perseguir y castigar aun á los más ocultos y recatados disidentes de la Iglesia católica, estaba en el carácter propio de su ministerio religioso y en el espíritu propio de su edad intolerante aquel severo benedic-

tino, pidiendo así cayera el infierno sobre Guacanagari, como el bautismo sobre los indios. El agustino dogma, concretado en la fórmula teológica de aquel *compelle intrare*, tan coactivo hasta sobre facultades humanas, como la conciencia libre y el libre albedrío, inaccesibles á toda coacción de fuera, ese dogma centelleaba en las ideas del monje y urgía con sus determinaciones aquella su firme y constante voluntad, muy pagada del ministerio religioso que debía cumplir y muy creída del bien que á todos hacía en este y en el otro mundo con sus exigencias y con sus imposiciones. Parece imposible, dada la naturaleza del siglo aquel, parece imposible; pero así consta en las obras contemporáneas de Buil, y así debe fijarse aquí para gloria del pensamiento español: un historiador de semejantes días, hijo legítimo y sobrino predilecto de dos caballeros principales idos en compañía de Colón á este segundo viaje, el P. Las Casas, explica las pretensiones exageradamente religiosas de Buil y las violencias del Virrey en los indios más ó menos resistentes á la civilización cristiana por esta fórmula tan profunda como sencilla: ignorancia completa del derecho natural. Hízose Colón sordo, sin embargo, á las insinuaciones de Buil, y trocó la pena militar demandada por aquel celoso y exaltado Vicario, con el cambio recíproco de objetos y productos pertenecientes á cada cual. Guacanagari donó al Virrey piedras preciosas, ocibas muy estimadas en su pueblo; una corona de oro macizo, y una huera ó calabacita repleta de oro en polvo; mientras, á cambio, el Almirante le dió á él cuentas de vidrio, que brillaban á sus ojos como riquísima pedrería; cuchillos y tijeras, muy aceptos donde no había hierro á causa de su coste; agujas y espejuelos, todo lo cual no valdría cinco reales, y, sin embargo, el cacique lo quería y lo tomaba todo, creyéndose con sinceridad, en su natural candor, un verdadero rico. Y realmente, si aquel cacique se adelantara con el pensamiento á los tiempos, y viera su desarrollo en el seno monótono y uniforme de la eternidad, seguramente comprendiera que aquel continente áureo no había de